

## CAPITULO XXVI

### FIESTAS Y APUROS

**D**EJEMOS el *Te Deum* cantado á los franceses por el clero de Oaxaca, las fiestas por el triunfo que alcanzó el invasor, la conducción á Puebla del general vencido y demás prisioneros, la alharaca que se armó por un suceso que entre los imperialistas era inesperado, las cuentas del gran capitán que rindió Bazaine con motivo de aquella costosa campaña y otras muchas curiosidades.

Tenemos que dejar también á un lado la multitud de episodios militares que se verificaron en los seis primeros meses de 1865 en toda la República, así como los derroches, fiestas, creaciones de condecoraciones y otras verdaderas paparruchas del imperio.

Bajo la dirección oficial, como siempre que se quieren excitar la curiosidad y el movimiento del público, hicieron su entrada en México los imperiales consortes el 24 de Junio. Maximiliano, como siempre que se fastidiaba de los negocios, había hecho un viaje de placer por varias poblaciones de Oriente y Car-

lota había ido á encontrarle en Puebla en donde ambos estuvieron recibiendo agazajos de sus partidarios durante diez y siete días.

La entrada á México no había sido tan ruidosa como las anteriores, ni mucho menos como la de hacia un año, en que habían llegado por la primera vez á desempeñar la encomienda que les había proporcionado Napoleón III. Entre una y otra recepción hace notar grandes diferencias el historiador monarquista D. Niceto de Zamacois. Sin embargo, hubo cohetes, repiques, músicas, formaciones de tropas, muchos carruajes y ginetes, así como la correspondiente masa popular compuesta de curiosos y de individuos llevados á remolque para gritar vivas á SS. MM. Estos notaron naturalmente que el entusiasmo monarquista había decaído mucho en su capital y procuraron disimular su despecho, mandando Maximiliano á la municipalidad un donativo de tres mil pesos para que fueran repartidos entre las gentes necesitadas. ¡Ya sobraría modo de sacarlos centuplicados de entre los descontentos!

Traían de Puebla, en donde habían estado muy contentos los monarcas, el aguijón de apadrinar al Mariscal Bazaine que iba á casarse el día 26 con la entonces señorita Josefa Peña y Azcárate, probablemente joven hermosa de la buena sociedad. Hoy es una señora anciana de buen trato y muy estimable.

Concluido en Palacio el besamanos que siguió con el fausto acostumbrado, toda la corte se dedicó á hacer los preparativos para la boda del que se consideraba si no como el primer hombre del imperio, para muchos lo era, al menos como la segunda per-

sona, así es que con mucha razón se creía que los fiestas debían ser fiestas reales, tanto más cuanto que Maximiliano tenía empeño de impresionar al jefe francés respecto de los grandes motivos que tenía para estar resentido con los palaciegos.

Amaneció esplendoroso el 26 de Junio.

Temprano entraron á Palacio multitud de parihuelas cargadas de rosas para el adorno de la capilla y salón del banquete que se habían decorado convenientemente.

A las nueve de la mañana todos los preparativos estaban concluidos y á eso de las diez de la mañana el Mariscal con su cortejo y la novia con el suyo, se presentaron en el alcázar imperial donde fueron recibidos graciosamente por SS. MM. con todo el ceremonial expresamente dictado por Maximiliano en persona que era muy dado á pompas palaciegas y ejecutado por el Gran Maestro, los chambelanes, mayordomos, damas y demás gentes menuda.

Las duquesas y condesas, que no eran muchas y en su mayor parte extranjeras, se prendieron, como suele decirse, con veinticinco alfileres y las damas de la Emperatriz que ya ascendían á unas veinticinco, sobre que no disfrutaban sueldo, á lo menos las mexicanas, estaban también vestidas casi en lo general con terciopelo de todos colores y llevaban buen cargamento de joyas. Nuestra amiga Doña Asunción Cisneros, que solo era llamada raras veces al servicio porque no era de la devoción de la Emperatriz, estaba vestida de verde pálido, ostentando varias alhajas antiguas de poco gusto, pero de mucho valor. Era una de las que más ruido metían con su charla

desde que se había hecha de confianza y era una de las particularidades que más desagradaban á su señora.

Toda la concurrencia estaba de pié en el salón, que llevaba el nombre de salón de Iturbide, cuando se presentaron el archiduque Maximiliano llevando á su derecha á la Srita. María Josefa Peña y Azcárate, que estaba deslumbrante con su belleza, con su traje blanco y sus joyas y á su izquierda al embajador de Francia; seguía la Emperatriz llevando á su lado al novio y al otro á la suegra de este ó sea la madre de la novia, y un poco más atrás iban algunos de los íntimos de ambos sexos de SS. MM. Allí el gran maestro de ceremonias organizó la procesión que se formó ya de todos los asistentes para dirigirse á la capilla, y en la gran comitiva iban los generales franceses, los miembros de ambos gabinetes, los intendentes y secretarios, los tesoreros y chambelanes, las mujeres de los altos funcionarios, las damas de la corte, los oficiales de órdenes de servicio, los ayudantes de campo, el gran maestro de ceremonias y sus secretarios y ayudantes, los caballerizos y mayordomos, el Prefecto Político D. Miguel María Azcárate, padre de la novia, la guardia palatina, las músicas principales de los regimientos y las niñas que llevaban la cola de la desposada. amén de unos pages que iban con cestos de flores regándolas por los corredores.

En la sala del consejo el intendente Friant hizo las veces de cura civil, celebrando el casamiento también civil en acatamiento á las leyes de Reforma promulgadas por Juárez, acto que produjo sus murmu-

raciones entre las estantiguas de ambos sexos pertenecientes á lo que se llamaba el bando retrógrado, y después de llenado este requisito que era esencial ya en los países cultos, como que es la mayor simpleza rechazarlo, se dirigió el concurso con igual orden y gravedad más pronunciada á la capilla imperial en donde el arzobispo Labastida dijo la misa y presidió las demás ceremonias religiosas que se prolongaron hasta las doce y media, porque hubo actos de música, de canto, de plática y de recitados.

Siguieron las presentaciones, felicitaciones y obsequios, y á eso de la una, los escogidos, solamente los escogidos, se encaminaron al salón de honor donde había una suntuosa mesa cargada de vajilla de plata y de cristal de Bohemia, sirviéndose un succulento almuerzo de ochenta cubiertos rociados con vinos franceses de los más añejos y de los más ricos, traídos expresamente para tan gran festividad.

Se despidieron, hablándose mucho entonces de que la Emperatriz se había dignado tender los brazos naturalmente á la joven desposada, y el maestro de ceremonias con algunos otros personajes, sirvieron de escolta á los desposados y su comitiva hasta el patio en donde los esperaban sus carruajes.

Apenas se habían quitado Bazaine y su esposa sus trajes de ceremonia, recibió el primero una misiva de Maximiliano del tenor siguiente: «Mi querido mariscal Bazaine: Queriendo dar á usted una prueba tanto de amistad personal como de reconocimiento por los servicios prestados á la patria, y aprovechando la ocasión del matrimonio de usted, le damos á la mariscal Bazaine el palacio de Buena Vista, com-

prendiendo el jardín y los muebles, bajo la reserva de que el día que usted se vuelva á Europa, ó si por cualquiera otro motivo no quisiera usted conservar la posesión de dicho palacio para la mariscal, *la nación volverá á hacerse de él*, en cuyo caso se obliga el gobierno á dar á la mariscal, como dote, cien mil pesos.—MAXIMILIANO.»

¡Qué generoso se mostraba el Emperador con lo que no era suyo!

Y para que nuestros lectores se formen idea más neta de las ventoleras que padecen los monarcas, les diremos que un día después que el llamado Emperador tuvo ese desprendimiento amistoso, ese rapto de esplendidez para regalar cien mil pesos de la nación, escribió para fecharla el día 29 al secretario de su gabinete particular, que en ausencia de Eloin lo era el abate Domenech, una carta en que ponía de oro y azul á su querido mariscal, diciendo de él, entre otras claridades, las siguientes que deben haberle sabido á rejalgar:

«Se ha perdido un tiempo precioso; se ha arruinado el Tesoro, la confianza pública disminuye, y todo esto porque se ha hecho creer en París que la guerra está terminada gloriosamente; que territorios inmensos mayores que la Francia, están ya tranquilos y pacíficos. Creyendo en estos informes, falsos completamente, se ha retirado un número grande de tropas, queriendo ganarse por este medio á la oposición. Se ha dejado un número insuficiente de tropas.

Por otra parte, se me ha hecho gastar sumas enormes para las malas tropas auxiliares y de este modo el pobre país debe pagar las tropas francesa que no

existen y hordas de indígenas que no hacen más que daño; y en recompensa de estos inmensos sacrificios, vemos las ciudades principales del país, los centros de la riqueza, amenazados por tropas audaces, á las cuales se les quiere llamar ladrones, pero que manifiestan talentos militares muy notables, aprovechándose inmediatamente de las grandes debilidades de nuestra situación.

En todos estos puntos hay dos cuestiones serias que arreglar: la suficiencia de las tropas y las sumas inauditas que desaparecen en esta lenta y desgraciada guerra.»

El archiduque dió este y otros ramalazos tan furibundos á Bazaine y á las hordas que por él combatían... ¡merecido pago á los traidores! ¡y se quedó tan fresco! Por lo que el mariscal, lejos de agradecerle su regalo, lo empezó á ver desde que supo como lo trataba, con más desprecio y con más ojeriza.

El pobre Maximiliano se quejaba como una hembra, con todo y llamarse emperador y tener en la mano el remedio para sus desdichas, que consistía en ponerse los pantalones y mandar como soberano.

Tan entretenido estuvo por aquellos meses S. M. en viajes, saraos, fiestas, creación de órdenes y condecoraciones, ceremoniales, casamientos y bautismos (pues él y su augusta esposa apadrinaron también á una nieta de Almonte), que no había tenido tiempo de ocuparse en asuntos serios ni de recibir á su ministro de hacienda interino Don Félix Campillo, hasta que este logró atraparlo á fuerza de perseverancia una hermosa mañana en que lo encontró dispuesto á concederle su atención. Aquí es fuerza decir también

entre paréntesis, que ya la Emperatriz había pedido algún sábio economista frances entre los que tuviera Napoleón de sobra, para que arreglara la hacienda mexicana que andaba por los suelos y por eso se consideraban muy contados los días de los ministros del ramo que estaban sucediéndose sin poder atajar la pelota. En esa fresca mañana repetimos, el señor Campillo llegó consuabultada cartera y después de solicitar y obtener el beneplácito de su amo, estendió los papeles sobre la mesa y dijo:

—Si parece á V. M. comenzaremos por el presupuesto.

Maximiliano se sonrió con desdén porque de lo que menos le gustaba tratar era de dinero, dió unos golpecillos sobre la carpeta con una plegadera de oro y contestó:

—Veremos lo que hay que hablar sobre el presupuesto.

—Importa la lista civil según mi proyecto, continuó diciendo el ministro, un millón setecientos mil pesos, la lista militar doce millones novecientos setenta mil, ciento diez y siete pesos, el ministerio de Hacienda, diez y seis millones novecientos mil, seiscientos seis pesos sesenta y nueve centavos....

Maximiliano dió un brinco en el sillón y preguntó con impaciencia:

—¿Cuanto importa todo en números redondos?

—Cuarenta millones y medio de pesos.

—O sean doscientos veinticinco millones de francos, ¿y de donde hemos de tomar esos doscientos veinticinco millones de francos?

—Eso es la gran cuestión, Majestad. De seguir

cerrados los cordones de la bolsa de Francia, solo de los empréstitos.

—¡Los empréstitos! ¡los empréstitos! Ya hemos agotado el tercero en un año y por lo que hace á Napoleón no nos prestará ya ni un céntimo y menos cuando su ministro Danó nos está haciendo cuentas de reclamaciones francesas por valor de noventa y dos millones de pesos, según me ha dicho la Emperatriz que es la que más se preocupa con esas cosas.

—No considero de mucho cuidado las reclamaciones francesas, porque la comisión mixta rechaza cuatro quintas partes.

—Aunque rechace noventa y nueve de cien partes, siempre queda una parte que servirá de pretexto á Napoleón para cojerse la Sonora.

—Creo que no se empeñará en ello desembozadamente.

—Quiso meter la Sonora en el convenio de Miramar y lo rechazé, como lo he seguido rechazando cuando han insistido todos sus ministros y representantes; pero ahora ha inventado otra forma que dice le garantizará el pago de su deuda por medio de los proyectos de colonización del Dr. Gwin.

—La Regencia estuvo conforme en abandonar Sonora á Napoleón completamente: ahora se ha ganado terreno puesto que solo se pretende colonizarla.

—La Regencia era compuesta por Almonte que es mas traidor que Júdas, y yo no podía hacerme solidario con él de tal desprestigio. Ahora este proyecto del Dr. Gwin envuelve tambien la pérdida de Sonora porque la base es establecer allí un gobierno

que dependa solo de Francia. Pero estamos divagándonos: sigamos con el presupuesto.

—Decía que . . .

—Sí, decía su excelencia que tenemos que gastar cuarenta millones y pico y yo contestaba que no contamos ni con el pico.

—El empréstito de París firmado el 14 de Abril. . .

—No me hable S. E. de ese desdichado negocio, tan mal perjeñado por D. Eustaquio Barron, porque además de ser una bicoca de que apenas nos llegarán unas cuantas surras, hace ya subir la deuda del imperio á 765 millones de francos en menos de dos años.

—Permítame V. M. hacerle observar que del empréstito de ocho millones nos quedarán dos millones líquidos y con las contribuciones aquí podemos obtener uno sseis millones mas.

—Menos de la quinta parte de lo que importa el proyecto de gastos.

—Perdone V. M. no es un proyecto de gastos: son gastos que se hacen indispensablemente, sin lugar á quitar un solo peso para economías.

—Estoy conforme con S. E., no se pueden suprimir los gastos de la corona, los haberes del ejército, ni el sueldo de los ministros y sus dependencias; pero ¿qué se hace si el dinero falta en las cajas?

—Se paga lo de más urgencia y lo demás se queda á deber.

—Entonces tendremos que seguir el viejo sistema.

—Sí, Majestad, y lo único que deseo saber es el orden de preferencia.

—El mismo de siempre: primero los gastos de palacio, luego los más precisos de guerra y al último